

Globalización y soberanía en lo económico

JOSÉ LORENZO SANTOS VALLE¹

El austriaco Friedrich von Hayek, junto con sus alumnos, a lo largo de muchos países “construyeron este cuadro ideológico tan altamente eficiente, porque comprendieron lo que decía el pensador marxista Antonio Gramsci cuando desarrolló el concepto de hegemonía cultural. Si usted puede ocupar la cabeza de la gente, sus corazones y sus manos le seguirán. Yo no puedo dar detalles aquí, pero créanme, el trabajo ideológico y promocional de la derecha ha sido absolutamente brillante. Gastaron cientos de millones de dólares, pero el resultado justifica cada centavo invertido, pues lograron hacer que el neoliberalismo pareciera como si fuera la condición natural y normal de la humanidad. No importando cualquiera que haya sido el tipo o número de desastres que creó tan visiblemente el sistema liberal; no importando qué crisis financiera haya engendrado ni cuántos perdedores ni cuántos marginados vaya a crear, así y todo, parecía inevitable —como un acto divino— como si fuera el único orden económico y social a nuestra disposición.”

Susan George²

Para hablar de globalización tal y de cómo se le vive a principios del siglo XXI, es preciso que el enfoque parta de discutir una vez más del enorme, trascendente, histórico y, en este sentido, necesariamente temporal, significado como de su comprensión de esta doctrina que se ha denominado neoliberalismo.

Veremos cómo en algunos países industrializados, en los que esta “revolución neoliberal” surge a finales de los años 1970 y principios de los ochenta, los estragos alcanzados por la aplicación de los dogmas de este cuerpo de doctrina filosófica y social no son menos trascendentes ni menos ostensibles, en comparación con las naciones en vías de desarrollo, y en contra de lo que pudiera pensarse si el que analiza se ubica en alguno de estos países dependientes y pobres de la periferia del sistema económico internacional.

1. Profesor e investigador del Departamento de Economía de la Universidad de Guadalajara.
2. Susan George, *Breve historia del neoliberalismo: veinte años de economía de élite y las oportunidades emergentes para un cambio estructural*. Versión en inglés: <http://www.zmag.org/CrisisCurEvts/Globalism/george.htm>.

Serán analizados algunos datos acerca de esas economías altamente industrializadas, las cuales no sólo pusieron en vigor las tesis neoliberales y su aplicación misma, que enseguida hubieron de ser irradiadas no sólo a las demás economías del centro sino, y con mayor vigor y determinación, en las de las economías más pobres y por tanto más dependientes y carentes de la soberanía para hacer frente a la avalancha de esas corrientes neoliberales.

También se puede apreciar que, más que una fase o etapa del capitalismo o economía de mercado en el ámbito internacional, la globalización pareciera ser una suerte de disfraz o careta con la que se nos quiere mostrar la inevitabilidad y las bondades que el neoliberalismo presentan sobre todo en el último quinto del siglo xx: 1980-2000 y lo que va del actual.

Como podremos mostrar en esta ponencia, pese a que los países tuvieron o intentaron sus propios modelos o estrategias de desarrollo, el pensamiento único y unificador que se instauró en este último tramo de tiempo fue haciendo que quedasen atrás en gran medida aquellos intentos por un afianzamiento propio, original, nacional de las modalidades de desarrollo a seguir; y esto sin que importase que se tratara de economías en desarrollo o bien de economías desarrolladas, por ejemplo las del Oeste de Europa, Canadá o Estados Unidos. Sin embargo, y por el enorme daño histórico y por la profundización del esquema neoliberal, no puede decirse, por supuesto, que dicho cuerpo tanto de doctrinas sociales como de políticas al mismo asociadas, no podrán ser removidas y superadas.

Así, se presenta el caso muy singular de las economías escandinavas, entre las que destaca Finlandia, caso en el que al parecer se ha conseguido imprimir un auténtico sello "nacional" al proceso globalizador, al menos por las modalidades según se está viviendo hoy día en ese país la globalización. Y que no pase por alto que se trata de uno de los países que formalmente tiene uno de los lugares más altos en el llamado índice de globalización,³ y que contempla por ahora una cincuentena de países, los cuales representan sin embargo más de un 80% en términos del PIB mundial. Y eso que se trata de las naciones más globalizadas, con mayor conectividad, con mayor recepción de IED en el mundo entero.

Se intenta, entonces, demostrar cómo es que el proceso de globalización que hoy se nos quiere mostrar como el único, o al menos como el modelo que finalmente ha de ser irremediamente seguido, está lejos de ser el que históricamente tiene las mayores probabilidades de supremacía a lo largo y ancho de la geopolítica del planeta. Y que así como en otros tiempos las estrategias de desarrollo partieron en numerosos casos de opciones propias, decididas de manera soberana, igualmente hoy se encuentran casos en que algunas sociedades nacionales, así como el Estado nacional correspondiente, se encuentran ejerciendo su libre soberanía y llevando adelante esquemas sui generis de desarrollo económico, diríamos, bajo parámetros propios y

3. Sobre índice de globalización internacional vale la pena estudiarlo con sus componentes, ya que los países líderes G7 no aparecen en las posiciones punteras, según el índice publicado en la ciudad de México en enero de 2003. Figuran, en cambio, Islandia, Finlandia y Singapur, entre otros. (*El Financiero*, 2003).

no por ello menos exitosos, de participación e inserción dentro de la globalización actual. En cambio, cuando se nos pretende ofrecer como opción única aquella que proviene y al final desemboca en el mayor lustre y esplendor de las corporaciones más ricas y por tanto de los estados-nación por ellas patrocinados y por ellas dominados (tal sería hoy claramente el caso de la gran potencia de Norteamérica y su consejo de administración, que es en realidad el jefe actual del Ejecutivo federal y sus miembros de gabinete), estamos en realidad escuchando la doctrina y la religión en que hoy se ha constituido el neoliberalismo.

Por otro lado, en una segunda parte se abordan en este estudio algunos ejemplos de estrategias de desarrollo que históricamente han sido seguidas desde el siglo XIX en pos de opciones propias, nacionales, de desarrollo económico, con desigual éxito ciertamente, pero sustentados, tales esfuerzos, en opciones basadas en la soberanía propia y la autodeterminación, sin la injerencia ni influencia de potencias económicas externas ni de pretendidos organismos de “consulta” o de “asesoría” internacional que, llegados a cierta etapa, vemos su aparición y con ellos una forma de supervisión y de injerencia en los manejos que, por independencia, corresponderían en principio a cada economía nacional de efectuar. Por supuesto nos referimos en especial a los organismos que fueron surgiendo desde la quinta década del siglo XX, una vez concluida la fase bélica de la Segunda Guerra Mundial.

Algunas economías encabezaron la aplicación del neoliberalismo

Haciendo una referencia histórica de lo que acontecía a principios de la posguerra, Susan George afirma acerca del tipo de concepciones socioeconómicas que:

[...] si en 1945 ó 1950 alguien hubiera propuesto cualquiera de las ideas o políticas que hoy son comunes en el recetario neoliberal, se habrían reído en su cara, lo habrían enviado a un asilo de locos. En esa época, al menos en los países occidentales, todos eran keynesianos, socialdemócratas, socialcristiano demócratas o de alguna variante del marxismo. La idea de que el mercado podría tomar las principales decisiones políticas y sociales; la idea de que el Estado debería reducir su rol en la economía o que las corporaciones pudieran tener plena libertad, que los sindicatos debían ser restringidos y a los ciudadanos se debería dar menos en vez de más seguridad social —tales ideas eran completamente ajenas al espíritu de la época—. Aunque pudiera haber habido alguien de acuerdo con esas ideas, él o ella habría vacilado en adoptar tal posición en público y habría tenido grandes dificultades en encontrar quién escuchara (op. cit.: 1).

En conjunto, el mundo había acordado una agenda extremadamente progresista. El gran estudioso Karl Polanyi publicó su obra maestra *La gran transformación* en 1944, en la cual expone una dura crítica a la sociedad industrial del siglo XIX, basada en el mercado. Desde entonces han pasado casi 60 años en que Polanyi hizo esta asombrosamente profética y moderna declaración: “Permitir al mecanismo del mercado ser el único director del destino humano y de su ambiente natural... resultaría en la demolición de la sociedad”. Sin embargo, Polanyi estaba convencido de que tal posibilidad

había quedado descartada de manera definitiva y no podría ocurrir más en el mundo de la posguerra, debido a que, decía: “desde dentro de las naciones, estamos presenciando un desarrollo bajo el cual el sistema económico no dicta la ley a la sociedad y se asegura así la primacía de la sociedad sobre ese sistema”.

Pero lástima, el optimismo de Polanyi estaba mal ubicado —el punto central del neoliberalismo es que al mecanismo del mercado debería permitírsele dirigir el destino de los seres humanos—. La economía debería dictar sus leyes a la sociedad y no al revés. Y, tal cual lo previó Polanyi, esta doctrina nos está conduciendo directamente hacia “la demolición de la sociedad”.

Una explicación posible para el triunfo del neoliberalismo y de los desastres económicos, políticos, sociales y ecológicos que lo acompañan, es que los liberales han comprado y pagado su propia “gran transformación” regresiva, como hemos señalado en el epígrafe escrito por la economista Susan George. Ellos comprendieron —como no lo hicieron los progresistas— que las ideas tienen consecuencias. Partiendo de un pequeño embrión en la Universidad de Chicago, con el filósofo y economista Friedrich von Hayek y sus estudiantes —con Milton Friedman en su núcleo— los liberales y sus patrocinadores crearon una enorme red internacional de fundaciones, institutos, centros de investigación, publicaciones, académicos, escritores avezados en relaciones públicas, para desarrollar, empaquetar y promover incansablemente sus ideas y doctrinas. Fue así como ganaron para su causa a políticos, intelectuales, etc. de partidos de derecha, centro derecha y aun de la “izquierda” del espectro político de gran número de países, tanto del centro como de la periferia.

Resulta de la mayor importancia comprender que esta amplia y bien dirigida campaña neoliberal en el ámbito internacional y bajo la cual todos estamos padeciendo desde hace ya más de veinte años, ha sido creada por gente con un propósito. Por ello es preciso subrayar que el neoliberalismo no es una fuerza como la gravedad, sino una construcción totalmente artificial; así se podrá entonces admitir también de manera generalizada, aunque ello sea ir precisamente en contra del “pensamiento único”, que lo que algunos han creado otra gente puede cambiarlo. Pero no será posible alcanzar un cambio en esto sin reconocer la importancia de las ideas.

Por ello, George afirma acerca del poderío de tales concepciones y de la influencia que sus políticas han alcanzado por doquier:

[...] de este modo, desde una secta pequeña e impopular —casi carente de influencia— el neoliberalismo ha llegado a ser la mayor religión universal, con su doctrina dogmática, su sacerdocio, sus instituciones legislativas y quizá, lo que es más importante, su infierno para los herejes y pecadores que se atreven a oponerse a la verdad revelada. Oskar Lafontaine, el ex ministro de Finanzas de Alemania —a quien el Financial Times llamó un “keynesiano no reconstruido”— recientemente fue enviado al infierno porque se atrevió a proponer impuestos más altos a las corporaciones, junto con recortes de impuestos para las familias ordinarias y menos pudientes (op. cit.: 3).

Cunde la idea de que la globalización económica es el triunfo de la eficacia productiva y que no hay más que decir. La competencia generada eleva el nivel de calidad

de los productos, reduce costos y aumenta el bienestar general. Se dice con insistencia que es el único camino para hacerlo. La idea que defienden los liberales espontaneístas es que la eficacia económica es incompatible no sólo con la estatización de la economía, tal como la intentó, por ejemplo, la Unión Soviética, sino con cualquier injerencia del Estado en el mundo económico. Pero resulta que la protección social, la defensa de los derechos laborales, el llamado *welfare state*, exigen una poderosa intervención estatal, de lo que deducen que todas estas políticas son incompatibles con la eficiencia económica. Si el Estado pretende redistribuir la renta, atender las pretensiones de los ciudadanos o extender redes de protección social, tendrá que aumentar las cargas fiscales y acabará distorsionando al mercado. Al final, disminuirá inevitablemente el bienestar público. Con buenos sentimientos, nos dicen, no se hace ni buena literatura ni buena economía, y añaden que de buenas intenciones está empedrado el camino del infierno. Los países que se empeñen en mantener esa superficial beneficencia serán arrinconados por la competitividad, feroz pero deseable, en que el mundo se debate. Hayek llegó a decir que la noción de “justicia social” es una amenaza para la libertad.⁴

La competencia es central porque separa las ovejas de los carneros, los hombres de los niños, los aptos de los ineptos. Se supone que distribuye los recursos, sean físicos, naturales, humanos o financieros con la mayor eficiencia posible. El valor central de la doctrina de la ex primera ministra británica Margaret Thatcher y del neoliberalismo en sí mismo, es la noción de competencia —competencia entre naciones, regiones, empresas y, por supuesto, entre individuos—. Así, con esta política conservadora, quien arribó junto con su partido al poder en aquella nación europea, iniciaba de facto la aplicación de las políticas neoliberales. Esto fue, Gran Bretaña junto con la otra gran potencia que entonces dominaba el mundo —el de las finanzas por lo menos—, Estados Unidos. Es preciso recordar que también en ese año triunfa Ronald Reagan, un político también conservador, del Partido Republicano y que incluso daría por nombre al conjunto de políticas neoliberales impulsadas e impuestas en ese país a lo largo de dos cuatrienios, el término de “*reaganomics*” (economía a la Reagan, o reaganomía).

La “Dama de Hierro” era ella misma discípula de Von Hayek. Era una social darwinista quien, sin ambages, expresaba sus convicciones. Fue conocida por expresar y justificar su programa con la palabra siguiente: TINA, siglas en inglés de *There is No Alternative* (no hay alternativa).

Sin embargo, existen actores centrales del actual proceso dominante de globalización, como las empresas transnacionales para las cuales la competencia, en cambio, les provoca una verdadera alergia. Cabe recordar —escribe S. George—, al gran filósofo chino Lao-Tse, quien termina su *Tao-te-Ching* con las siguientes palabras: “Por sobre todo, no compitas”. Al parecer, los únicos actores en el mundo neoliberal que parecen haber tomado en cuenta el sabio consejo de dicho autor chino —que son los más grandes actores de todos— son las empresas transnacionales (ET).

4. José Antonio Marina, “Ética para una globalización diferente”, en el sitio *web*, *attac.france* y en *El mundo*, de España, p.1.

El principio de competencia se aplica escasamente a ellas; prefieren practicar lo que se podría llamar “capitalismo de alianza”. El neoliberalismo y la globalización les ha redituado en lo financiero enormes ventajas y beneficios. No es casual que —dependiendo del año— entre los dos tercios a tres cuartos (es decir, de 67% a 75%) de todo el dinero etiquetado bajo “inversión extranjera directa” no se dedique a inversión creadora de nuevo empleo, sino a fusiones y adquisiciones que casi invariablemente resultan en pérdidas de empleos. Así, dicha IED no resulta sino en compra-venta de títulos financieros correspondientes a empresas ya existentes y por ello no significan creación adicional de producto ni de plazas laborales; únicamente es capital financiero que es transferido de unas manos a otras.

Dado que la competencia es siempre una virtud, sus resultados no pueden ser malos. Para el neoliberal, el mercado es tan sabio y tan bueno que, al igual que Dios, su mano invisible puede hacer el bien de un mal aparente. Así, la Thatcher dijo en uno de sus discursos: “Es nuestra función glorificarnos en la desigualdad y velar que a los talentos y las habilidades se les sea dada una salida y expresión para el beneficio de todos nosotros”. En otras palabras:

[...] no se inquieten por los que quedan atrás en la competencia. La gente es desigual por naturaleza, pero esto es bueno, porque las contribuciones de los bien nacidos, mejor educados, los más duros, eventualmente beneficiarán a todos. Nada en particular se debe a los débiles, a los pobremente educados; lo que ocurra con ellos es su propia culpa, nunca la falta de la sociedad. Si al sistema competitivo se le da “salida”, como dice Margaret, con ello la sociedad será mejor. Por desgracia, la historia de los últimos 20 años nos enseña exactamente lo opuesto (op. cit.: 4).

En la Gran Bretaña de los años setenta, justo antes del arribo de la señora Thatcher, una persona de cada diez se clasificaba como viviendo por debajo del nivel de pobreza; un resultado no muy brillante pero no por ello despreciable, ante el resto de naciones y en aquella época, pero en todo caso, muy superior al periodo de preguerra. Veinte años tarde, a finales de los noventa, una persona de cada cuatro y un niño de cada tres, era oficialmente pobre. Éste es el significado de la supervivencia de los más aptos: gente que no puede calentar sus casas en invierno, que deben poner una moneda en el medidor antes de tener electricidad o agua; que no poseen un abrigo impermeable y caliente, etc. Una reforma más de aquella época fue la relativa a las pensiones de la clase trabajadora. En el transcurso de los años ochenta y noventa se han presentado importantes irregularidades en ese sistema británico, sistema que no ha sido posible imponer aún en la actual década de los 2000 en otras naciones de Europa Occidental.

Las cifras anteriores provienen —declara George— del informe de 1996 del British Child Poverty Action Group. ¿Resultado de las reformas “impositivas” bajo Thatcher-Major? Durante los años ochenta 1% de los contribuyentes recibía 29% de todos los beneficios de reducción de impuestos; en el extremo opuesto, para quienes tenían ingresos de hasta 10 veces el salario mínimo de ese país, sus impuestos se habían elevado en 7%. Así, las reducciones se aplicaban a los ricos; a los pobres, en cambio, les

correspondían elevaciones “moderadas” de tributación. Eso debió parecer adecuado a aquellas mentes afines a dicho pensamiento conservador: de seguro, habrán pensado que así se fortalecían las probabilidades de mayores inversiones productivas y, por ello, de mayor producto y mayores empleos.

Las privatizaciones son, como se sabe, una de las mayores transformaciones económicas de los pasados 20 años. Esta tendencia comenzó en Gran Bretaña y se extendió por el mundo. Ello resultaba como consecuencia de las concepciones neoliberales al resaltar a la competencia como valor central, por lo que el sector público debía y debe ser brutalmente reducido, ya que con su sola presencia puede ser un obstáculo a la ley básica de competir por ganancia y/o participación en el mercado.

En este punto conviene que procuremos entender por qué los países capitalistas tienen servicios públicos y por qué todavía los siguen manteniendo. En realidad, casi todos los servicios públicos constituyen lo que algunos economistas que tratan del sector público llaman “monopolios naturales”. Un monopolio natural existe cuando el tamaño mínimo para garantizar la eficiencia económica máxima iguala al tamaño real del mercado. Es decir, una compañía debe tener un cierto tamaño para realizar economías de escala y proveer así de bienes y servicios de óptima calidad y al más bajo costo para el consumidor. Los servicios públicos requieren frecuentemente de grandes inversiones en infraestructura en el inicio —se podría citar como ejemplo las vías férreas, las redes eléctricas—, lo que no alienta la competencia. Es por eso que los monopolios públicos son la solución óptima obvia. Sin embargo, los neoliberales definen ipso facto todo lo que es público como “ineficiente”.

¿Entonces qué ocurre cuando un monopolio natural se privatiza? Casi normal y naturalmente, los nuevos propietarios capitalistas tienden a imponer precios de monopolio al público, lo que va a permitirles hacerse de jugosas ganancias. Los economistas clásicos llaman a esta ocurrencia “falla estructural del mercado”, ya que los precios son más altos de lo que deberían ser y el servicio al consumidor no es necesariamente bueno. A fin de prevenir la falla estructural de mercados —hasta mediados de los años ochenta— los países capitalistas de Europa casi en su totalidad confiaban los correos, las telecomunicaciones, la electricidad, el gas, los ferrocarriles y los sistemas de redes urbanas conocidos como metros, el transporte aéreo, así como los otros servicios como el agua, la recolección de basura, etc., a monopolios públicos. Estados Unidos es la gran excepción, ya que es un país demasiado grande geográficamente y altamente poblado para favorecer monopolios naturales.

Al destruir al sector público británico —donde los sindicatos son más fuertes— también fue capaz el gobierno conservador de debilitarlos drásticamente. Así, en Gran Bretaña entre 1979 y 1994, el número de empleos en el sector público se redujo, de más de 7, a 5 millones: una caída de 29%. Prácticamente todos los empleos eliminados resultaron ser empleos sindicalizados. Dado que en el sector privado el empleo se mantuvo estancado durante esos 15 años, la reducción global en el número de empleos británicos llegó a 1.7 millones, una caída de 7%, comparada con 1979. Para los neoliberales, siempre es mejor menos que más trabajadores, ya que más trabajadores pesan sobre el reparto del valor. Además, como es bien sabido, al abundar mano de

obra en busca de un empleo, aquellos que cuentan con alguno se saben amenazados ante “dicho privilegio”: por ello las conquistas y demandas de los activos serán mejor contenidas en esas condiciones.

Fue así como Margaret Thatcher comenzó a cambiar todo esto. Como un extra también pudo usar la privatización para quebrar el poder de los sindicatos e iniciar con el tipo de prácticas y “conquistas” tan buscadas por las concepciones neoliberales.

No sólo eso. A fin de privatizar numerosas empresas y de hacerlo en condiciones en que debían ser naturalmente atractivas a los ojos de los posibles adquirentes, el gobierno usó el dinero de los contribuyentes para perdonar deudas y recapitalizar empresas antes de ponerlas en el mercado —por ejemplo, la compañía de agua obtuvo cinco mil millones de libras esterlinas de liberación de deudas—, agregando 1.6 mil millones de libras, llamadas la “dote verde” para hacer a la novia más atractiva a los posibles compradores. Se hizo una gran alharaca en cuanto a publicitación de dichas privatizaciones, acerca de cómo los pequeños propietarios de acciones tendrían una tajada de estas compañías —de hecho, 9 millones de británicos compraron acciones—; pero la mitad de ellos invirtieron menos de 1,000 libras (unos 2,000 dólares apenas) y la mayoría de ellos vendieron sus acciones muy rápidamente, tan pronto como pudieron obtener beneficios instantáneos (op. cit.: 3-6).

Hacia 1991, el Banco Mundial ya había hecho 114 préstamos para acelerar el proceso y cada año, en su informe financiero de desarrollo global, reportaba por entonces listas de cientos de privatizaciones realizadas en los países deudores del banco. Así como también reportaba, en el correspondiente al de 1989, y el cual se centró en los sistemas financieros de países tercermundistas, la necesidad de abrir de una vez por todas la frontera a los capitales financieros. Años más tarde, entre 1989 y 1993, una veintena de países se “habían abierto” de par en par a la llegada de capitales de cualquier origen, con lo que quedaba atrás un importante recurso de soberanía: el arma de la regulación de capitales internacionales. De ahí también que en lo sucesivo habría de verse seriamente limitada, por no decir que inexistente, toda posibilidad de políticas soberanas en materia de manejo de tipo de cambio y, por ende, en el manejo de variables monetarias clave, tales como el tipo de interés, entre otras (véase Celso Garrido y Tomás Peñaloza, *Ahorro y sistema financiero en México*, Grijalbo, 1996).

Con ello, la ideología privatizadora original de los años setenta irradiaba sus influencias en dirección de los países del Sur. Por esa razón los mecanismos ya probados con anterioridad fueron puestos a funcionar a lo largo del mundo. En Inglaterra, el Instituto Adam Smith fue el socio intelectual para la creación de la ideología privatizadora. USAID y el Banco Mundial también han usado a expertos del Adam Smith y han propagado la doctrina privatizadora en el Sur.

Por ello la privatización que vienen realizando los estrategas del neoliberalismo esconde mucho de sus pretensiones últimas. Estamos hablando acerca de la enajenación y entrega del producto de décadas de trabajo de miles de personas a una ínfima minoría de grandes inversionistas. Para George, “éste es uno de los más grandes atracos a mano armada realizada en la presente o en cualquier otra generación”.

Otra característica estructural del neoliberalismo consiste en remunerar al capitalismo en detrimento del trabajo, y así trasladar la riqueza desde el fondo de la sociedad hacia la cumbre. Aquel que se encuentre en las partes más elevadas en la escala de ingresos, digamos en el 20% más encumbrado, estará en condiciones de aprovechar del neoliberalismo y, cuanto más arriba esté, mucho más ganará. Contrariamente, el sector inferior del 80%, lo pierde todo y cuanto más abajo esté, proporcionalmente mayor será su pérdida.

Por otra parte, conviene detenerse en lo ocurrido de este lado del Atlántico por aquellos años ochenta igualmente. En esa década el republicano Ronald Reagan llevó a cabo la misma obra en Estados Unidos. Si la señora Thatcher alcanzó el poder en 1979, en ese mismo año, y seguramente como parte de un mismo aliento internacional de la ideología neoliberal, alcanza el Poder Ejecutivo Reagan (en las elecciones de noviembre; si bien asume el poder hasta enero del siguiente año). Al respecto, se han tomado algunas cifras obtenidas por parte del analista Kevin Phillips, del partido Republicano y quien se había desempeñado anteriormente como asistente del presidente Nixon, correligionario también de Reagan, y quien publicó un libro en 1990 titulado *The Politics of Rich and Poor* (La política de los ricos y los pobres).

Él traza el camino que siguen las doctrinas y políticas neoliberales de Reagan, que cambiarían la distribución del ingreso de los estadounidenses entre 1977 y 1988. Estas políticas fueron extensamente elaboradas por la conservadora Heritage Foundation, el grupo de asesores en materia de principios de la administración Reagan y que, aún hoy en día, es una fuerza importante en la política estadounidense. Pasando la década de los ochenta, el 10% superior de las familias aumentó sus ingresos un 16%; de éstos, el 5% superior aumentó sus ingresos en 23%; pero el extremadamente afortunado 1% de las familias norteamericanas pueden agradecerle a Reagan su incremento en un 50%. Sus ingresos van de los 270,000 a los 405,000 dólares. En cuanto a los más pobres, el 80% de abajo [perdió de manera sustancial, en términos relativos y aun absolutos: de acuerdo con la norma, cuanto más abajo, más pierde].⁵ El 10% más bajo de los estadounidenses alcanzó el nadir: de acuerdo con las cifras de Phillips, perdió el 15% de sus ya magros ingresos; de una media anual de 4,113 dólares, cayeron a un inhumano 3,504. En 1977, el 1% superior de las familias tenían un ingreso medio 65 veces más alto que el 10% de más abajo. Una década más tarde, el 1% ganaba 115 veces más (op. cit.: 6).

Estados Unidos es una de las sociedades más desiguales de la Tierra, pero virtualmente todos los países han visto crecer sus desigualdades en los últimos 20 años, dadas las políticas neoliberales. La UNCTAD publicó en su informe sobre Comercio y Desarrollo de 1977, algunas avasalladoras evidencias, basadas en 2,600 estudios separados sobre desigualdades de ingreso, empobrecimiento y empequeñecimiento de las clases medias. El equipo de la UNCTAD documenta estas tendencias en docenas de sociedades muy diferentes, incluyendo a China, Rusia y otros países socialistas.

No hay nada de misterioso en esta tendencia respecto al crecimiento de la desigualdad.

5. Nota del autor de este artículo.

Podría pensarse que han sido meras casualidades las coincidencias de resultados en materia de ingresos que se concentran y de desigualdades que se ensanchan y profundizan a lo largo de diferentes economías, de muy desiguales niveles de desarrollo relativo, incluso. En realidad, “las políticas son específicamente diseñadas para dar a los que ya son ricos mayores ingresos disponibles”, tanto en términos absolutos como en relativos; “particularmente a través de reducciones impositivas o constriñendo aún más los salarios. La justificación ideológica y teórica para estas medidas es que mayores ingresos y ganancias para los ricos conducirán a una mayor inversión, a una mejor distribución de los recursos y, por tanto, a más empleos y bienestar para todos”. En realidad, lo ocurrido fue todo lo contrario: al “mover” el dinero hacia arriba en la escala económica, se tuvo como resultado fenómenos como las “burbujas” en los mercados de las acciones, riquezas concentradas de papel anónimas para unos pocos y crisis financieras en muy diversos países y economías. Lo contrario sucedería si la redistribución operase a favor de los de menores ingresos: si el ingreso fuese redistribuido a favor del 80% inferior de la sociedad, esos recursos serían usados para elevar el consumo y ello, como consecuencia, beneficiaría al empleo. En cambio, y como se ha observado, “si la riqueza es redistribuida hacia arriba, donde la gente ya tiene casi todo lo que necesita, no se irá hacia la economía local o nacional, sino hacia las bolsas internacionales” (para las tres citas de este párrafo, op. cit.: 6-8).

Los casos ejemplificadores, respectivamente los de Thatcher y Reagan, son aleccionadores para ilustrar las políticas en el ámbito nacional. Además, por otra parte, de haber sido auténticos pioneros en la pretendida “revolución conservadora”, como fue denominada por algunos autores partidarios suyos, el análisis de tales economías evidencia que no han sido únicamente los países pobres y subdesarrollados las víctimas de esa doctrina y de las políticas económicas y sociales con ella asociadas. Pero tales políticas han sido implantadas también, a diferentes grados de severidad y de persistencia, en múltiples economías, y en el conjunto de la economía internacional, campo natural de una economía internacionalizada y global, que es el campo en particular de acción de las empresas transnacionales.

El neoliberalismo en la arena internacional

Como todos sabemos, las mismas políticas se han llevado a cabo en el Sur y en el Este, bajo el pretexto de un ajuste estructural, pero éste es sólo otro nombre para el neoliberalismo.

En el nivel internacional, los neoliberales han concentrado todos sus esfuerzos en tres puntos fundamentales:

- Libre comercio de bienes y servicios.
- Libre circulación de capital.
- Libertad de inversión.

En los últimos 20 años, el FMI se ha fortalecido enormemente. Gracias a la crisis de la deuda y al mecanismo de condicionalidad, dicho organismo pasó, de ser un apoyo a las balanzas de pagos, a convertirse de facto casi en dictador universal de las

llamadas "políticas económicas sólidas", que por supuesto son las políticas neoliberales. La Organización Mundial de Comercio (OMC) se estableció finalmente en enero de 1995, después de largas y laboriosas negociaciones.

Pero, afortunadamente, fracasó uno de los más recientes esfuerzos para tornar obligatorias y universales las normas neoliberales; el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) fracasó, al menos temporalmente. Éste habría dado todos los derechos a las corporaciones, todas las obligaciones a los gobiernos y ningún derecho a todos los ciudadanos. Además, han ocurrido otros hechos y fenómenos también severamente en oposición, en el ámbito internacional, de lo que los neoliberales pretenden al buscar expandir la zona de influencia de sus proclamas y sus políticas.

Además de los principales organismos financieros multilaterales, es decir el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, de la mencionada Organización Mundial del Comercio; otro de los organismos "cúpula" de las empresas transnacionales y de los llamados gobiernos corporativos, que apenas disimulan muy mal que son meros ejecutivos de dichas organizaciones transnacionales, las cuales detentan a fin de cuentas el poder omnímodo actual: tanto en los negocios como en las relaciones geopolíticas y geoeconómicas, en materia de regulación y de acuerdos internacionales, etc., otro foro igualmente decisivo y ya tradicional es la célebre conferencia que cada invierno tiene lugar en la estación turística suiza de Davos. El común denominador de todas estas instituciones es su falta de transparencia y de control democrático. Ésta es la esencia del neoliberalismo, que declara que la economía debe dictar las reglas a la sociedad y no lo contrario. Para el dogma neoliberal la democracia es un impedimento, es un freno al neoliberalismo.

El neoliberalismo no es la condición humana natural, tampoco es algo sobrenatural y puede ser desafiada y reemplazada, porque su propio fracaso así lo requiere. Deben precisarse las políticas de reemplazo que habrán de restaurar el poder en las comunidades y en los Estados democráticos, en tanto se trabaje para instituir la democracia, el gobierno de la ley y la justa distribución a un nivel internacional. Los negocios y el mercado tienen lugar, como afirma Marina, en un sistema que respete a las libertades y aliente al propio tiempo la prosperidad de los individuos gracias a un esquema de intervención estatal para el actual siglo XXI. Es decir, uno en el que la libertad no signifique, al estilo de los neoliberales más ortodoxos, que el débil, el desposeído, habrá de conservar ésa su "condición natural", sino uno en el que a este tipo de individuos se les asignen condiciones que les permitan acceder a una escala en que también puedan ejercer esas libertades, con mayor preparación y mejores condiciones que sólo una sociedad corresponsable y equitativa sabrá ofrecer; todo ello, según se dice, contando con instituciones públicas ad hoc.

Fracasos de los neoliberales

Además del mencionado fracaso de la AMI en la OCDE en París, en 1998, no puede dejarse a un lado el muy estruendoso fracaso de la Ronda del Milenio que fue la reunión de la OMC en Seattle, Estados Unidos, a finales de 1999. Y, por señalar apenas alguna

iniciativa más, de gran alcance aún en el actual año 2003, el Foro Social Mundial, realizado en Porto Alegre, Brasil, el cual, con sus tres ediciones desde 2001, pretende ofrecer una alternativa, desde el nombre mismo, así como en la fecha y el lugar seleccionados: las fechas corresponden a la reunión anual de Davos, y precisamente se pretende como un foro de carácter eminentemente social y no sólo económico como la reunión de Suiza.

O, como lo diría Susan George en su intervención ya multicitada:

Es tiempo de que establezcamos la agenda, en vez de esperar a que lo hagan los Amos del Universo reunidos en Davos [...] No vamos a apoyar sólo proyectos, sino también ideas. No podemos contar con los neoliberales para hacerlo, de modo que debemos diseñar sistemas de tributación internacionales que sean equitativos y operables, incluyendo el *Impuesto Tobin* sobre todas las transacciones financieras y monetarias e impuestos a prorrata sobre las ventas de las corporaciones transnacionales. Los procedimientos de un sistema de impuestos internacional deben llevar a cerrar el abismo entre el Sur y el Norte, y a redistribuir entre toda la gente lo que les ha sido robado durante los últimos 20 años (op. cit.: 9).

Si bien el neoliberalismo puede ser insaciable, no es menos invulnerable. Existen más perdedores que vencedores en el juego neoliberal. Existen ideas alternativas a las del neoliberalismo, mientras estas últimas son puestas en duda debido a las repetidas crisis. Lo que falta ahora es la organización y la unidad, algo que puede ser superado con la tecnología avanzada. La amenaza neoliberal es claramente transnacional y la respuesta debe ser también transnacional. La solidaridad ya no significa ayuda, no sólo ayuda, sino encontrar las sinergias ocultas en las luchas de cada uno de los otros. En la capacidad de organización de las fuerzas antineoliberales también desempeñan un papel crucial los recursos de la globalización, en este caso el arma tecnológica proverbial que significan las telecomunicaciones modernas; vale decir dos en lo esencial: la telefonía móvil o celular y la supercarretera de la comunicación que es la internet.

Liberalismo espontaneísta es aquel que defienden los discípulos económicos de Hayek. Su tesis es que sólo se puede confiar en aquellas instituciones que funcionan mediante una evolución espontánea, es decir, dirigidas únicamente por los intereses individuales y por la interacción de sus proyectos. De Hayek hay que pensar en serio lo que dice; la influencia de sus ideas y de toda la pléyade de sus alumnos en muchos lugares no permite ya mayores concesiones. Ese gran maestro neoliberal defiende con elocuencia el espontaneísmo, aduciendo que no existe una mente privilegiada que desde algún cielo platónico pueda dirigir al mercado, la sociedad, los sistemas jurídicos, la normativa moral o cualquier otra realidad social compleja. Nadie puede tener los conocimientos necesarios para hacerlo.

Por ello, intentarlo supondría una arrogancia suicida o asesina. Alguien puede pensar —un dictador, un partido, un Estado, por ejemplo— que tiene la salvación y se empeña en imponerla a una sociedad. El mercado libre, no intervenido ni dirigido, es la única fuerza institucional que puede permitir aprovechar los conocimientos que poseen todos los actores económicos: productores, técnicos y consumidores. Es, pues,

la plena aceptación por este autor austriaco de aquello que Adam Smith denominó el principio de la “mano invisible”.

Finlandia, una economía globalizada pero bajo una opción social y culturalmente nacional

Resulta que el caso finlandés —como el de otras economías escandinavas— muestra que esta idea no es tan evidente como sus defensores dicen. Finlandia ha conseguido situarse a la cabeza de la economía informacional, alcanzar un nivel tecnológico máximo y a la vez mantener su estructura de Estado social y protector. Para valorar mejor su éxito, debemos recordar que Finlandia ha sido tradicionalmente un país pobre, que todavía en el siglo XIX sufrió una espantosa hambruna en la que murió de hambre cerca de 10% de la población.

En diciembre de 1999, el primer fabricante mundial de teléfonos celulares o móviles, Nokia, se convirtió también en la primera firma en el ámbito europeo en cuanto a su capitalización bursátil. Al propio tiempo, esa firma respondía por 70% de todo el capital bursátil existente en la bolsa de valores de Helsinki. El valor de Nokia, de alrededor de 185 mil millones de dólares, equivalía a dos veces el producto interno bruto finlandés (*L'état du monde 2001*).

El objeto del libro de Manuel Castells y Pekka Himanen titulado *The Information Society and the Welfare State (La sociedad de la información y el Estado del Bienestar)*, 2003, es demostrar que el paradigma tecnológico-económico deja un amplio espacio para una elección política basada en valores éticos. Para Castells y Himanen existen tres grandes modelos de economía informacional: Silicon Valley (California), Singapur y Finlandia. En cada uno prevalecen concepciones diferentes del mundo. Silicon Valley: sociedad de mercado + democracia; Singapur: sociedad de mercado + autoritarismo; y Finlandia: sociedad de mercado + democracia + Estado social. A la vista de los resultados —positivos y negativos— de la globalización, los autores defienden que tenemos que hacer compatibles los valores sociales y económicos “porque de otra manera las contradicciones desencadenarán explosiones sociales y una oposición violenta desde una pluralidad de ángulos, que harán difícil el progreso continuado”, con lo cual se situarían en una visión muy poco lejana de aquella que se señalaba más arriba y que atribuíamos a Polanyi y la necesidad de establecer diques al sistema económico mediante normas que privilegien los imperativos de la convivencia social. Las observaciones empíricas apoyan la conclusión de que el modelo finlandés combina una dinámica economía informacional con una fuerte justicia social y una protección colectiva del trabajo. Existe, pues, la posibilidad de un Estado social en un mundo de economía informacional y globalizada (véase artículo de Marina, p. 3).

Algo más acerca del Estado y su papel intervencionista en la realidad de aquella región escandinava. En Finlandia, se sabe, Nokia es la marca líder en el ámbito mundial en cuanto a fabricación y diseño de teléfonos móviles o portátiles (celulares les llamamos en ésta, la costa occidental del Atlántico). Además, también se ha sabido que, en relación justamente con los niveles de imposición fiscal en aquel país y lo

exitoso de la casa comercial mencionada (seguramente ejemplo asombroso de esa informatización tan avanzada de la sociedad de aquel país escandinavo) los más altos ejecutivos de Nokia (y de seguro de muchas otras empresas finlandesas) son gravados en sus ingresos, impuestos directos como son denominados, hasta en 70%. El dato anecdótico de Nokia y los altos impuestos de sus ejecutivos pareciera dar una demostración empírica de lo que afirma Marina.

Pero la enseñanza de lo que hoy día acontece en Finlandia nos ofrece todavía algo más: su inserción peculiar en la globalización, sí, pero bajo una particular concepción y defensa de la propia identidad cultural de dicho pueblo. Ello torna todavía más interesante el estudio del fenómeno finlandés. Finlandia ha pretendido resolver uno de los graves problemas sociales que plantea la globalización, y éste es el de hacerla compatible con la identidad cultural. Se han empeñado en inventar una vía finlandesa de acceso a la globalización, un estilo finlandés. Según los autores del libro, la sociedad de mercado, tecnológica y globalizada no impone un único sistema de relaciones económicas, o de organización social, sino que permite distintas formas de preservación de aquello que es propio, en lo cultural y lo ético, por ejemplo. Y que, entonces, cada nación es capaz de decidir su propio modelo... si tiene energía y talento para hacerlo.

Al respecto, no se puede dejar de lado aquello que señalaba a principios de 2003 Miguel Littin (*El clandestino en Chile*, según tituló el escritor Gabriel García Márquez su memorable libro escrito en los noventa, y en donde narra la experiencia del primero al internarse en su país natal, pero de manera subrepticia en tiempos de la dictadura pinochetista, él en calidad de exiliado). Dice este realizador cinematográfico que México se ubica a la cabeza si del respeto por la identidad cultural de Latinoamérica se trata. Sin duda ello representa un elogio enorme y merecidísimo para este país y para sus habitantes, y una responsabilidad también de gran magnitud (véase diario *Público*, de Guadalajara, del 13 de enero). También, por esas fechas se leyó en *El Financiero* que se pretende gestionar y obtener “la denominación de origen” para algunos platillos típicos mexicanos, lo que haría honor a la gastronomía mexicana, la cual mezcla de manera extraordinaria lo español con genuinas raíces prehispánicas. Y ello sería de gran relevancia cuando se aprecia que ya existen incluso cadenas de alimentación del otro lado de la frontera norte del país que buscan establecerse en México con comida pseudo mexicana.

No es verdad que sólo se pueda alcanzar eficacia económica con la desaparición del Estado del Bienestar. Aunque es preciso admitir que no cualquier Estado del Bienestar es compatible con la eficiencia económica. Hay un Estado del Bienestar de la exigencia y el mérito, y hay un Estado del Bienestar del despilfarro y que propicia ineficiencia, corrupción. Y éste es, desde luego, peor incluso que la competencia pura y dura, porque hace desistir del esfuerzo. Éste sería de alguna manera el equivalente, podría decirse, a una madre con un hijo con severa discapacidad, por el cual la misma tratará de velar, tanto por su bienestar o su sustento al menos, y bien en el presente como, de ser posible, en el futuro.

Por ello Marina, tras acotar el tipo de liberalismo a la Hayek, el espontaneísta que, como señala, corresponde a la “mano invisible” de Adam Smith, va a proponer

una noción muy distinta de liberalismo, la cual no excluye sino, por el contrario, incorpora e integra a un tipo de intervencionismo del sector público, el cual debe velar por la mayor eficiencia del sistema económico pero sin menoscabo del desarrollo social integral, del desarrollo humano de los individuos y del logro de mayores libertades sociales y progreso de las distintas capas sociales que componen a cada población.

Creo que podemos construir un sistema que aúne la universalidad de los derechos y la universalidad de la exigencia, la igualdad en lo básico y la distinción en el mérito, la eficiencia económica y la protección básica, la iniciativa individual y la acción del Estado. Propongo, frente al liberalismo espontaneísta, un liberalismo radical. Si la libertad es el gran motor del sistema de mercado, el sistema funcionará mejor cuanto mayor sea la libertad de cada ciudadano. Pero la libertad no consiste sólo en estar libre de injerencias, sino en tener capacidad de creación, en tener recursos intelectuales, físicos, económicos para ampliar las posibilidades de acción. Si el Estado limita esa libertad radical, es tiránico, injusto e ineficiente. Pero si aumenta esa libertad radical, es un Estado liberador. El modelo finlandés muestra que el Estado puede ser al mismo tiempo liberador del ciudadano y de lo social. Un Estado con un sistema de protección social alta necesita, sin duda, impuestos elevados, y este régimen impositivo sólo puede mantenerse si el aumento de la productividad es superior al aumento fiscal. Para ello el gasto público tiene que ser sabiamente administrado. No tiene que hacer la competencia al sector privado, sino aumentar la competencia del sector privado, de la nación entera. En el caso finlandés la inversión estatal en educación, y en formación tecnológica, ha tenido una importancia decisiva en su gran transformación.⁶

Se podría decir que cada nación puede y debe reflexionar de manera seria y profunda, de manera colectiva y plural, sin excluir a ningún grupo importante de toda la composición social. El libro de Castells demuestra que la globalización es un marco amplio que permite múltiples variaciones. El sistema de mercado, la nueva economía, la tecnología de la información, la globalización financiera, pueden integrarse en diferentes proyectos éticos sin perder por ello su eficacia. No es imposible pensar y acordar de manera compartida y democrática en un modo diferente de planificar las inversiones públicas y los proyectos educativos, que no pueden estar sometidos a vaivenes periódicos, a cambios en las correlaciones partidarias y a coyunturas electorales como se ve con tanta frecuencia, desgraciadamente. Tiene que ser fruto de un concienzudo acuerdo nacional en el que participen fuerzas políticas, económicas, intelectuales y sociales. El Estado, los partidos políticos, los sindicatos, las universidades, las empresas, tienen que cooperar en este diseño. Estamos inmersos en un trascendental debate mundial, y no tenemos por qué ser meros comparsas de lo que decidan los demás.⁷ (op. cit.: 2 y 4).

Referencias bibliográficas

Castells, Manuel y Pekka Himanen (2003), *The Information Society and the Welfare State*.

6. Op. cit., p. 2.

7. Op. cit., p. 4.

- Dallanegra Pedraza, Luis (2000), *Globalismo y políticas neoliberales: actualidad y perspectivas para América Latina*.
- Kearney Foreign Policy (s/f), Singapur e Irlanda, los dos principales países globalizados.
- L'État du monde* (2001), París, editorial La Decouverte.
- Marina, José Antonio (s/f), "Ética para una globalización diferente", en el sitio web, attac.france y en *El mundo*, de España.
- Montoussé, M., D. Chamblay y G Renouard (1995), *Pour comprendre les débats économiques actuelles es les strategies de développement*, París, Bréal.